

LA VIDA AFORTUNADA¹

Hemos sido creados para ser felices

No guardo el más mínimo recuerdo del contenido de las múltiples homilías que escuché en mi infancia y juventud. Lo que sé es que a menudo eran muy largas, o por lo menos así me lo parecía a mí. No era en absoluto un oyente atento. Pero sorprendentemente, recuerdo una única frase, solo esa, con toda nitidez. Despuntó con claridad por entre el ancho torrente del olvido. Fue en la homilía del sacerdote que llevaba nuestra parroquia durante mi adolescencia. Era un hombre que desprendía amor, bondad, buen humor y vínculo interior con el Señor, así es como yo, y muchos, lo recordamos. Murió de repente, en 1966, siendo aún joven. En aquella época todavía se predicaba desde el púlpito, y recuerdo el sentimiento de benevolencia que emanaba de aquel estrado. He olvidado lo que predicaba al igual que he olvidado lo que predicaban sus antecesores. Salvo esa única y simple frase: «Hemos sido creados para ser felices».

Quizá me haya quedado con esa única frase porque tenía que ver en aquel momento, a mis quince o dieciséis años, con mi búsqueda particular; quizá también porque la verdad de esa frase provenía de nuestro párroco con total credibilidad. (¿Pero qué sabemos exactamente de los misteriosos caminos de nuestra memoria?)

¹ Conferencia pronunciada en el «Meeting dei popoli», Rímmini, Italia, el 27 de agosto del 2003.

«Hemos sido creados para ser felices». Espero que se queden por lo menos con esta frase. Y en caso de que también la olviden junto con todo lo demás que voy a decir, podemos despreocuparnos porque la cuestión seguro que no la van a olvidar. Está grabada como evidencia en el corazón de cada persona. En esto, por lo menos, están de acuerdo todos los filósofos: cada individuo añora y busca la felicidad. Es también una evidencia del sentido común. Nadie quiere ser infeliz o desea la infelicidad como tal; como mucho, se está preparado para aceptar una cierta infelicidad en pos de alcanzar una mayor felicidad, o se conforma uno con la infelicidad porque ya no existe perspectiva de felicidad. Y es que nadie desea ser desgraciado. Pero esa frase de la homilía de mi párroco expresa mucho más que la mera evidencia de que todo el mundo quiera ser feliz. Nos dice que esa añoranza de felicidad nos ha sido dada por el Creador, no es un engaño ni una velada ilusión. Nos presenta la meta pensada por el Creador.

Recuerdo perfectamente ese sentimiento íntimo, la feliz sorpresa y aprobación que provocó esa frase en mí: ser feliz no es algo prohibido, sino que es el más íntimo deseo de Dios para nosotros, sus criaturas. Estoy destinado a la felicidad, la felicidad está destinada a mí; espera por mí y yo puedo esperarla con alegría. Si se presenta, puedo tomarla.

Una persona feliz

A día de hoy, muchos años después, tratando de entender por qué me conmovió tanto aquella frase como para permanecer en mi memoria, veo principalmente dos razones.

Ya con once años me preguntaba si debía hacerme sacerdote. Con once años estaba más seguro que con quince o dieciséis. Ya había sufrido algunas desgracias familiares. ¿Podía o más bien debía hacerme sacerdote? ¿No se me permitía llevar una vida «normal» de matrimonio con hijos? Por otro lado, me sentía atraído una y otra vez al sacerdocio. En esa búsqueda, la palabra felicidad vino a liberar mi corazón. Fuese cual fuese mi vocación, mi camino en la vida, Dios quiere hacerme feliz, para eso me creó.

Un segundo elemento, no menos importante, que hizo para mí tan impresionante y memorable esa frase fue que aquél que la pronunció parecía feliz. Pocas veces he visto a alguien irradiar con tal fuerza, desde su interior, la verdad de sus palabras, haciendo que las memorizara de entre todas sus homilías. *Un hombre feliz*. Estas palabras resultaron convincentes porque las testimoniaba con toda su vida, con todo su ser.

Pero, ¿qué fue lo que me convenció de que este sacerdote era un hombre feliz? ¿Qué fue lo que llevó a toda nuestra aldea, incluso a los campesinos ancianos, a llorar a aquel sacerdote que murió de repente? ¿Fue por el sentido del humor que lo caracterizaba? Ese no era más que el signo de un profundo «estado de ánimo» que la palabra «feliz» califica a la perfección. Nuestro sacerdote estaba a menudo enfermo. Sus preferidos eran los enfermos, a los que hablaba, cada semana, en un programa de radio muy escuchado también por gente sana. La enfermedad y el sufrimiento es obvio que no fueron capaces de privarlo del buen humor. Su bondad era contagiosa y a veces incluso resultaba molesta. Por la noche, se veía siempre una luz encendida en la iglesia, cerca del sagrario. Su reclinatorio. Ahí estaba su fuente interior.

Cuando tenía dieciséis años, me invitó a una peregrinación que llevaba a Asís, Roma y Loreto. El punto álgido del viaje era una visita al padre Pío († 1968). Como buen adolescente, fui a regañadientes a ver al célebre estigmatizado, pero esa primera resistencia se mudó en la memorable impresión que me dejó la santa misa y el breve encuentro posterior con él. ¿Qué era aquello? ¿Quién era ese hombre que desprendía una fuerza semejante? ¿Era feliz? ¿Es «felicidad» la etiqueta correcta para describir lo que transmitía ese hombre y por lo que acudía la multitud a verlo? En todo caso, ciertamente hizo feliz a muchísimas personas, las aligeró del peso de sus pecados a través de la confesión, inclinándolos al arrepentimiento. También alivió el sufrimiento de muchos pacientes de su gran hospital. Lo que es seguro es que mucha gente llegaba ante él infeliz y cargada de preocupaciones, y se marchaba aliviada y feliz. Y también es seguro que se puede tener al santo Pío como a un hombre cargado de dolor, pero no como a un hombre infeliz.

«Hemos sido creados para ser felices», pero lo que significa ser feliz no se deja predeterminar teóricamente, para ello necesitamos sobre todo de la experiencia, de una experiencia doble: como observación personal y como observación en los demás; como sentimiento personal de la felicidad y como la evaluación de la condición de «feliz» de los otros.

Si es cierto que el camino cristiano se entiende como una vía incomparable, extraordinaria hacia la felicidad, entonces tendrá que mostrarse acertada en ambos aspectos: debe experimentarse personalmente como una vida feliz y, además, como una vida feliz visible para el otro.

Todos sabemos que la «felicidad» es cosa engañosa. Hay tantas formas de falsa fortuna, de promesas de feli-

cidad que no perduran... No es necesario que hable de todas ellas; forman parte del repertorio tradicional de los sermones sobre moral de filósofos, literatos y teólogos. Dinero, fama, éxito, sexo, etcétera. Todo ello puede ser placentero, gratificante, agradable, ameno. Pero todavía no garantiza la felicidad.

Que teníamos que calificar a nuestro párroco de hombre feliz, resultaba evidente a todos nosotros. Había algo como una clara certeza. Era visible y tangible: este tipo de felicidad no corre riesgo de engaño, no es simulación, ni una ilusión fugaz. Esa felicidad me atrajo. Desde luego, tuvo importancia en mi decisión de hacerme sacerdote.

La pequeña y la gran felicidad

Intentemos seguir, con pasos sencillos, el camino de la felicidad. Veo dos etapas en este camino. Las denomino, simplemente: *la pequeña felicidad* y *la gran felicidad*. Estoy convencido de que ambas están estrechamente relacionadas. Es grande la tentación de dar poca importancia a la primera de ellas, como mezquina, poco heroica, no espiritual. Sin embargo, la pequeña felicidad es la primera escuela de la gran felicidad, funciona como un cierto presentimiento, como un preludio.

Entiendo por *pequeña felicidad* cada alegría de la vida que arroja un poco de luz sobre la existencia cotidiana, a menudo demasiado gris: una buena comida, un sueño reparador, un refrescante vaso de cerveza en un caluroso día de verano, una partida de cartas un domingo. Quien no es capaz de disfrutar de estos pequeños placeres se perderá la gran dicha.